

Jueves XXV del TO
Ciclo B

26 de septiembre de 2024

Ecli 1, 2-11

Sal 89

Lc 9, 7-9

P. Eduardo Suanzes, msp



En el evangelio Herodes se hace la pregunta esencial de la cristología: ¿quién es ese Jesús? Conoce, de oídas, respuestas: la gente necesita encasillarlo; lo identifica con algún profeta redivivo o con el profeta Elías que no murió y había de volver¹. Herodes no cree tales patrañas, quiere verlo personalmente. Al poner Lucas en boca de Herodes la pregunta fundamental sobre Jesús, ésta se convierte en realidad en el punto culminante de su cristología, que da sentido a todo lo precedente y, al mismo, tiempo prepara la sección siguiente: el viaje de Jesús a Jerusalén.

En efecto, la gente quiere controlarlo, como digo, encasillarlo y Herodes también. Quiere saber quién es ese, pero no porque su deseo brote o surja de su necesidad, sino que lo hace desde la curiosidad. Por eso cuando Jesús se enfrenta por fin a él, quedará callado sin decir una palabra frustrando esa curiosidad de Herodes, que, ante el silencio de Jesús, lo mandará de vuelta al Sanedrín. El silencio de Jesús ante él es la palabra más elocuente de que el encuentro de Jesús solo puede producirse desde el deseo profundo motivado por la necesidad, no por la curiosidad.

Si algo llama la atención en el evangelio, es la movilidad de sus personajes, arrastrados por un dinamismo imparable: van y vienen al encuentro unos de otros, se visitan, se ponen en pie, se invitan mutuamente a desplazarse, caminan con apresuramiento, como si les fuera la vida en lo que van buscando.

María se levanta y marcha deprisa a visitar a Isabel, y el niño de ésta, aunque aún con pocas posibilidades de movilidad, da saltos en el seno de su madre...; José y María van y vienen de Nazaret a Belén, de Belén a Jerusalén, de allí a Nazaret, y de nuevo a Jerusalén cuando el niño tiene doce años, recorriendo el camino inverso en su búsqueda; Mateo los presenta huyendo a Egipto y volviendo después para establecerse en Nazaret.

¿Se acuerdan? Los pastores se dicen unos otros: « ¡Vayamos a Belén! (...) Fueron aprisa y encontraron (...) y se volvieron...»². A Simeón es el Espíritu Santo el que le impulsa a dirigirse al templo; Ana también acudió en aquel momento; y los magos emprenden un camino incierto, llegan hasta Jerusalén y, guiados por la estrella, que también se mueve, llegan hasta la casa donde estaba el niño con su madre y se vuelven a su tierra dando un rodeo.

¹ Ecl 48,10

² Lc 2,15.16.20

Los que ante Dios son solo curiosos, en realidad son seres inmóviles, que su vida no cambia ni se pone en movimiento. Si nos fijamos bien en el evangelio los únicos inmóviles son los «personajes cualificados», los sacerdotes y escribas, esclerotizados en Jerusalén o en torno a Herodes, atornillados y satisfechos junto a sus viejos rollos de pergamino, hipnotizados por un saber que los petrifica en lugar de lanzarlos, como a los magos, en busca del Niño³.

En la mañana de Pascua también habrán mujeres yendo de madrugada al sepulcro con perfumes y volviendo a toda prisa con la noticia de que Jesús les ha salido al paso; los que hacían camino de ida hacia Emaús vuelven corriendo para anunciar al que han reconocido; y un discípulo apresurado, el mismo que con Juan había corrido al sepulcro, se tira al agua del lago para llegar antes al encuentro del Resucitado. Pedro en aquella ocasión no nadaba... ¡volaba sobre las aguas para encontrarse con Jesús!

Lo que queda en evidencia es que la presencia de Jesús cuestiona, provoca, invita a desplazamientos, a cambios de lugar y de postura, convoca a búsqueda y a urgencia. Herodes, sin embargo, se queda en su palacio preguntándose, pero no realiza ningún movimiento que lo impulse a salir de sí mismo⁴.

Pienso que el evangelio de hoy es un llamada de atención clara hacia nosotros, los de la Cruz, que tenemos la Presencia de Jesús como centro de nuestras vidas. Aquí la pregunta es: ¿la Presencia de Jesús en la Eucaristía nos motiva a salir de nosotros mismos desde el impulso de la necesidad? ¿Provocamos o buscamos con ahínco y necesidad el estar con Jesús en la Eucaristía? Ojo, no caigamos en la respuesta fácil y digamos: «Pues claro...Tenemos la hora santa todas las semanas...» O, tal vez: «Yo voy todos los días que puedo a misa...y, quizá pertenezco al Apostolado de la Cruz, o a la Alianza de Amor». Eso está muy bien y damos gracias a Dios por ello. ¡Qué bueno que hemos sido llamados y estamos donde Jesús nos quiere! Pero el acento del evangelio de hoy está en el movimiento, no en la pregunta ni en la respuesta estáticas. El acento está en ir un poco más al fondo.

¿Somos conscientes de que no somos nosotros los que buscamos a Dios sino que es Él el que continuamente nos está buscando? ¿Nos damos cuenta de que cuando deseamos encontrarnos con Él, en realidad hay un movimiento anterior suyo? La mística Concepción Cabrera escribía como el Espíritu Santo le decía: « ¡Te persigue el Verbo! »⁵ Y es que el auténtico movimiento por nuestra parte es el que es respuesta al movimiento de Jesús. Supone, por tanto, tener una mente contemplativa que esté atenta al movimiento de Jesús que provoca en nosotros la respuesta. Porque Jesús nos ama de esa manera inconcebible y escandalosa. Por eso Herodes jamás lo encontró; y cuando Jesús fue hacia él no pudo más que quedarse en silencio.

³ Mt 2,4-6

⁴ Cfr. DOLORES ALEIXANDRE. *Bautizados con fuego*. Pag.37 Ed. Sal Terrae. Santander.1997

⁵ CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA. *Cuenta de Conciencia*, 8, 269; 29 de enero de 1897